De acuerdo, señoritos colorados: la parrafada anterior es el producto de una mente inculta, primitiva, burguesa, tal vez imperialista, cómplice de los yanquis, repugnante como enemiga del hombre. Solamente que ese cerebro ¡ay!, no es el mío, sino el de Bertrand Rusell. ¿Ven ustedes la diferencia? Y sin embargo, quiero dejar constancia de que esas palabras sin desperdicio eran mis propias palabras hace ya veinticuatro años, dichas, claro, sin elegancia ni menos sintaxis, pero contenedoras de la misma convicción. Debo decir también por amor a la verdad y para no pretender hacerme pasar por pensador, que soy lo más contrario al significado común de esa palabra tan calumniada, que empecé por no admitir el comunismo, detestando el cristianismo y odiando al capitalismo, no por haber nutrido mi mente con lecturas profundas ni estudios exhaustivos, sino por rechazo de los hombres que he conocido a lo largo de mi vida y que se han dicho y siguen diciéndose, que es lo peor, marxistas. A la manera mexicana, rechacé primero al representante que a la idea representada, fusilé para averiguar después. Pero como en caso del general villista, la intuición no me falló, porque veintitantos años después, y tras el largo estudio del marxismo a que me sujeté, he confirmado desde el punto de vista intelectual, filosófico, lo que fue para mí un repudio simplemente físico en un principio. El lector que quiera saltarse esta parte del libro no me molestará, porque será de ese tipo de lectores que “no se interesan en la política”. No me molestará como no molesta un bicho cualquiera, que a mí el amor y la molestia me vienen —y me van— en relación con el hombre y el hombre es un animal político. Cuando decidí retomar la carrera de escritor político, combinando el reportaje con la exposición de ideas creando pues “la noticia detrás de la noticia”, me vi en el caso de una forzosa introspección para determinar mi camino, mi posición, mi “ismo”, en una palabra. Y, naturalmente, hube de enfrentarme, primero con las armas del alma antes que las del intelecto, a la gran cuestión del siglo: el marxismo. Claro que sobran individuos, no personas, desinteresados de esta cuestión que yo llamo fundamental, como sobraron individuos en el siglo de Constantino que no se interesaron por el Cristianismo. Pero la verdad es que en un país como el nuestro, donde el intelectual —cosa que jamás pretendí ser— está tan alejado del pueblo que acaba por caer en la religión de los rusos, que eso y no otra cosa es el marxismoleninismo, una combinación de imperialismo con catolicismo marxista —Teodoro Roosevelt esgrimió el “big steak”, el gran garrote, y saqueó a los pueblos pero al menos no exigió de esos pueblo que lo veneraran como a Dios, cosa que hizo el padrecito Stalin sin dejar de hacer lo demás que hizo Teddy—; un escritor necesita, antes de iniciar la carrera, resolver su propia ecuación personalísima respecto a este imperialismo religioso. He repasado todos estos mismos años de “periodismo serio” y no encuentro contradicción alguna conmigo mismo. Hay, sí, respecto a Cárdenas principalmente, y después a Castro, una variación más o menos notoria, pero a la fecha en que escribo estas líneas soy cardenista y no soy castrista, porque a través de las variaciones de estos hombres que determinaron las variaciones de mis juicios sobre ellos Cárdenas sostuvo y sostiene ya para siempre una posición justa en tanto que el otro a pesar de todo lo que digan mis “compañeros” de la revista, ha caído verticalmente del cielo al pozo negro e que se hunden los hombres que habiendo tenido la estrella en la mano la han dejado escapar para ocuparse de ensangrentar sus manos de encadenar a su país.

He conocido a casi todos nuestros comunistas, desde el maestro hasta el recluta, desde el genio hasta el tonto, desde Lombardo Toledano hasta Armando Rodríguez, desde Siqueiros hasta Alberto Domingo. Los he tratado, conozco sus casas, sus vidas, y no me gustan, creo que tanto o más, posiblemente, de lo que no les gusto yo a ellos. Lombardo Toledano es sin disputa el más inteligente de nuestros colorados, por más que él sea, en realidad, color de rosa. Teóricamente no tiene desperdicio, aunque en la práctica su política haya sido siempre la del apoyo al gobierno, no importa que al frente del gobierno esté Avila Camacho, o Alemán, o Ruiz Cortines, o Díaz Ordaz, vale decir los más derechistas entre nuestros recientes mandatarios. Lo he dicho y lo repito: vive en una casa magnífica, de gran extensión, con una biblioteca muy completa encuadernada en lujo. No pretendo de ninguna manera que el comunista deba ser un limosnero, pero más que recuerde aquí los versos del insoportable Neruda: “En cuatro habitaciones del viejo Kremlin vive un hombre llamado José Stalin”. Lo terrible con Lombardo es que junto su biblioteca tiene un cuarto… de trofeos de caza! Cada año don Vicente va “a por su oso” al Norte, y esto ya no lo comprendo. Tiene el aspecto, las aficiones y la mente de un correcto burgués. (El dice, por ejemplo, que en realidad su casa es poco junto al terreno que tenía, de muchos miles de metros, y que pudo comprar, el año 1925, cuando el general Obregón inauguró la avenida Insurgentes, a 25 centavos el metro. De todos modos quien en esa época haya podido comprar muchos miles de metros a veinticinco centavos era rico). El hombre viaja siempre como un magnate, aunque el oficial mayor de su partido PPS, Alejandro Gascón —yo testigo— reciba para ir a jugarse la vida a Nayarit contra el cacicazgo de Flores Muñoz… pasajes en “Flecha Roja”! Se casa, cuando hace muy poco que ha enviudado, y cuando al parecer el casorio ya no es una ilusión de muchachos, y se va de la luna de miel a Europa mientras los yanquis matan en Santo Domingo. Corre de la cudad cada vez que hay un conflicto, “embarca” muchachos en aventuras peligrosas y luego, cuando el gobierno federal o alguna mala bestia como Giner Durán en Chihuahua aprieta a tiros, regaña a los mismos muchachos por “recurrir a tácticas anarquistas”. Le gusta, ante todo y sobre todo, estar cerca del Presidente de la República. Se junta con líderes como Fidel Velázquez y sonríe si la fotografía incluye al señor Presidente. ¡Todo para este hombre es el señor Presidente! En tal condición, nadie que sea honesto puede tomarlo en cuenta como marista; es un señor “palero” de los gobiernos, jefe de un partido político formado por siete admiradores suyos, que recibe subsidios del gobierno como si fuera la oposición británica, que viaja como rajáh mientras sus hombres “piden aventones” o poco menos y que, llegada la hora de la acción, se esconde.